

EL

# TESTIGO DE HIERRO Y PIEL AZUL

Rafael Galván Ledo



PROYECTO

*Almendra*

**Proyecto Almendra**

*Miguel Ángel Galván Panzi, coordinador del proyecto*

**Edición** *Édgar Roberto Mena López*

**Consejo editorial** *Nancy Mora Canchola,*

*Alejandro Espinosa Gaona, Alejandro Baca*

**Formación y diseño de portada** *Xanat Morales Gutiérrez*

*Proyecto PB 402015*

*Proyectos Editoriales, Departamento de Impresiones  
de CCH Naucalpan.*

*Calzada de Los Remedios 10, Colonia Los Remedios,  
Naucalpan, México, CP 53400.*

**El testigo de hierro y piel azul**

*Primera edición, diciembre de 2018*

© *Rafael Galván Ledo*

© 2018, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
*Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán,  
CP 04510, Ciudad de México.*

*“Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin  
la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales”.*

*Impreso y hecho en México.*

# EL TESTIGO DE HIERRO Y PIEL AZUL

Rafael Galván Ledo

P R O Y E C T O

*Almendra*

## El portavoz barato

¿SE HAN PREGUNTADO alguna vez lo que los objetos han vivido y lo que nos podrían decir? Yo, la verdad, nunca lo hice hasta aquel día que compré ese curioso *Sentra* Azul, ya no recuerdo el modelo, pero sí recuerdo que era de los noventas. Fue cuando había recibido el pago de una comisión y me sobraba algo de dinero, por cierto, qué grosero de mi parte no decirles mi profesión. Soy escritor, no me va mal la verdad, pero comprar un auto no es algo fácil para mí que no soy famoso; sin embargo, encontré este bellissimo auto anunciado a un precio accesible en una página de segunda mano, y no dudé en comprarlo. Cuando se hizo la venta, el vendedor parecía que sólo quería deshacerse de él, algo triste había pasado en su vida (después me enteré del porqué, pero ya llegaremos a eso) y no lo quería ni ver.

Cuando vi el auto por fuera me enamoré, me hizo ojitos al instante; luego conocí su interior, estaba muy maltratado: el vidrio retrovisor estaba roto y caído, la guantera no cerraba, la palanca del vidrio del copiloto

también se había roto, y para acabarla tenía un viejo cassette atorado en la radio por lo que el reproductor era lo único que funcionaba; sin embargo esto no me detuvo, es más, me causo intriga el porqué de esos pequeños detalles (aunque la verdad el precio era lo más atractivo, pues resultaba una ganga). Lo que no supe en el momento de comprarlo era que este auto es un testigo y portavoz de historias. Aún hoy, no sé cómo hizo para hacerme tener estos sueños, visiones y recuerdos que verán a continuación. ¿Será una especie de magia? ¿O será simplemente mi subconsciente buscando obsesivamente la explicación de cada cosa?, la verdad no lo sé, pero sí sé que cada objeto, sin importar cuantos dueños haya tenido, tiene muchas historias que contar. Disfruten.

## Testigo de la mala fiesta

—NO TE PREOCUPES por nada, nos divertiremos, te lo prometo, ¿okey?, te quiero, llego en media hora.

Ulises terminó la llamada orgulloso, sentía que tenía comiendo de la palma de su mano a la chica más codiciada de la zona, Mara.

El plan estaba hecho, pasaría por ella, se impresionaría por su auto, la llevaría a la fiesta y todo saldría bien... “¡El auto!” pensó él, había que pedírselo a su padre. Su padre era un hombre necio, grosero y violento, de malas decisiones; prefirió un buen auto a un buen departamento. Ulises lo interrumpió mientras comía frente al televisor. “Padre” dijo Ulises con voz firme “necesito el auto para esta noche, saldré con una chica a una fiesta” a lo que el hombre respondió: “¿Cuándo vas a dejar de pedirme algo eh?”. “Oye sólo quiero que me prestes el auto, yo pago la maldita gasolina si es mucho problema” dijo Ulises molesto. “Maldita sea muchacho, no me hables así, ni siquiera te he dado permiso de ir... pero ¿sabes?, ve, no hay problema, si puedes pagar por tu puta gasolina, supongo que no

tengo nada que decirte ¿no?” dijo con una ironía agresiva el padre, Ulises contestó haciéndose el tonto “Bien, gracias regresaré como a la una o dos de la mañana ¿sí?” su padre agregó tranquilo “claro no hay problema, regresa a la hora que quieras, pero no te llevas el auto, a ver cómo le haces”.

Ulises salió molesto. Como vivían en la cima de un cerro, tuvo que bajar a pie para llegar a la parada de camiones, sus planes se habían frustrado, ahora quedaría como un “Don nadie” frente a ella, otro pobre diablo que la traería en camión; así, ¿cómo podía esperar que tuviera algo con él? Bajaba conforme el sol se ocultaba, lo invadía una fuerte ira, rechinaba sus dientes y pateaba cualquier piedra del camino. De repente, cuando llegaba al mirador, divisó un *Sentra Azul* con las luces prendidas y la puerta abierta. Se acercó a ver por curiosidad, sólo había un joven inmóvil que contemplaba el paisaje enfrente del auto. Ulises se aproximó a hurtadillas a la portezuela, echó un vistazo, las llaves seguían dentro, y estaba roto el retrovisor, volvió la mirada al joven y se le prendió el foco, pensó entonces en tomar “prestado” el auto, usarlo para divertirse esa noche y luego botarlo por ahí, “total, es mejor que llegar con las manos vacías y si no me ve no pasa nada” se dijo.

Esperó un poco para asegurarse de que el sujeto no lo había notado ya, “está tan plantado como un árbol” se dijo y, en un rápido arrebato, se subió, prendió el

auto, metió reversa, salió del mirador y tomó la carretera. Fue tan fácil que se sorprendió, “¿qué tanto hacía ese sujeto?, quién sabe, pero sin duda era un idiota”, pensó.

Aunque llevaba el auto, Ulises iba retrasado, cuando llegó a casa de Mara, ella ya lo esperaba en la entrada; usaba un vestido corto de color rojo, estaba muy bien arreglada. A Ulises le dio un vuelco el corazón cuando la miró, sus pensamientos se confirmaban, la deseaba más que nunca; sin embargo, se calmó y bajó a saludarla. Cuando ella vio a Ulises cruzó los brazos y frunció el ceño. Ulises se excusó diciendo que el auto que iba traer se averió y que tuvo que esperar a que le prestaran otro. Sin tiempo para enojarse, pues ya iban tarde a la fiesta, Mara se subió al auto.

La fiesta era en las afueras, en una casa de campo, de ahí la necesidad de salir temprano, para suavizar el ambiente, Ulises le hizo la plática e hizo cumplidos a Mara en el camino, le señaló lo hermosa que se veía “Oh Mara cuando lleguemos deslumbrarás, todos estarán envidiándome porque eres mi acompañante” “¿Quién diría que algún día la gran Mara me acompañaría?” y Mara sólo se ruborizaba, reía y negaba con humildad.

Llegaron a la fiesta y, en efecto, todos se deslumbraron al verla entrar, hombres y mujeres voltearon a ver, pero a Ulises no le gustó esto, sentía un temor en cada mirada que cada hombre le hacía a su acompañante, trató de relajarse y empezó a beber, quiso que ella lo

acompañara y, aunque lo hizo, sólo bebió un poco. Después de un rato Ulises se olvidó de las miradas y se quiso concentrar en ese deseo que tenía por Mara, ahora exacerbado por la bebida.

Después de bailar un rato, la llevó a un sitio alejado y le dijo con mucha desenvoltura y destreza, mientras se acercaba, lo mucho que la quería, lo hermosa que era y que siempre la cuidaría. Después de su verbo, la besó y ella accedió. Ulises, en su afán y ebriedad, quiso ir más allá y poco a poco fue llevando la intensidad más arriba, hasta que su mano develó sus intenciones y Mara lo paró en seco. “¿Qué haces?” preguntó Mara seria. “Estamos en una fiesta, déjate llevar”, respondió con calma, Ulises dispuesto a continuar, “¡Por eso!”, lo detuvo de nuevo “volvamos a la fiesta por favor”.

La ira y el fracaso le hervían la sangre, se sentó alejado de la música y sólo observaba con desprecio como bailaban todos, no dejaba de respirar con fuerza y morderse el labio. De pronto, vio que empezó a bailar con un chico, no pudo más con su inmundo impulso, atravesó la pista en un segundo de furia, apartó al tipo con el que Mara bailaba y la tomó violentamente del brazo, “es hora de que nos vayamos” sentenció con agresividad, “Oye cálmate, no me quiero ir todavía” dijo ella con más furia. Ulises respiró profundo y dijo furioso “si crees que voy a quedarme ahí sentado, viendo cómo se abalanzan sobre ti y tú los dejas, estás muy equivocada, no lo voy a permitir ¡eh!”, “Mira Ulises,

te vale madres con quién bailo, eres un exagerado, no me voy hasta que yo quiera” dijo Mara muy digna, soltándose de él, Ulises volvió a respirar y dijo “Está bien, disculpa ¿sí?, ya me harté de estar aquí, por favor vámonos”. “Eso es porque andas de amargado, ponte a bailar o algo, y ya no bebas” dijo Mara molesta, “Está bien ¿te parece si en media hora nos vamos? recuerda, soy tu regreso a casa”, “Está bien Ulises”.

Ulises se fue a sentar de nuevo, esperó a que Mara terminara, la observaba con coraje y, cada que se le acercaba alguien, ardía por dentro, el pobre diablo sentía que le habían arrebatado su hombría y se decía a sí mismo “esto no se quedara así”.

Al cabo de un rato se fueron. Iban por una carretera que atravesaba el bosque, estaba oscuro y solitario,. Ulises trato de entablar plática, “oye, perdóname, no quiero que pienses mal de mí, sé que soy algo, bastante celoso y perdí un poco el control, pero es porque te quiero mucho”, Mara le dijo “lo sé, se nota, pero está bien, ya qué”, “bueno quiero compensarte por cómo me porté” dijo amablemente, “¿De qué hablas?” preguntó Mara y pronto Ulises sacó el auto de la carretera y lo metió en con camino de terracería. Mara se asustó y no dejaba de preguntarle a Ulises qué era lo que hacía, y él sólo respondía que esperara paciente.

Algunos metros después Ulises detuvo el auto en plena obscuridad, “¡¿qué carajos haces Ulises?!” reclamó Mara, “tranquila”, dijo suavemente “Sólo te traje a un

lugar con la privacidad que querías”. El rostro de Mara se mostró intimidado y preguntó con una voz seca y baja “¿A qué te refieres?”, “A que aquí, podemos hacer lo que queramos” dijo Ulises mientras su cara se mostraba macabra, de pronto se encontraba acariciando la pierna de Mara, ésta lo volteó a ver y se quedó petrificada a pesar de tener el corazón peligrosamente acelerado, “Desde siempre te he deseado...” rugió Ulises con una voz tenebrosa mientras metía su mano debajo del vestido de Mara, lo que la hizo reaccionar, apartando la mano y dándole una bofetada tan fuerte que lo dejó con la cara volteada, “Ulises, no sé qué te has creído, pero yo no soy ninguna zorra”, declaró con una voz firme que se tambaleaba en el miedo, Ulises giró lentamente la cabeza, tenía la cara del color de una brasa y una expresión de odio puro, Mara estaba pálida, pero su rostro estaba furioso. Se miraron a la cara, ambos jadearon un rato, luego Ulises bajo la mirada y empezó a reír ligeramente, un escalofrío recorrió la espina de Mara y, por último, Ulises dijo “¿Qué crees?, me vale madres...” El instinto llamó a Mara a tratar de escapar y quiso abrir la puerta, pero Ulises la tomó del cuello, la jaló hacia él y le rodeó el estómago con el otro brazo, Mara sólo conseguía dar patadas al aire; una quebró la guantera, otra la palanca el vidrio. Ulises continuó con su cometido y trató de nuevo el asalto bajo el vestido, tomó su ropa interior y la desgarró, entonces Mara aprovechó para darle un

cabezazo en la cara para que la soltara; alcanzó a abrir la puerta esta vez, pero no pudo salir, pues la alcanzó un puñetazo seco en la quijada que la dejó aturdida, Ulises la tomó y la aventó en los asientos traseros, se pasó a la parte de atrás.

Cuando Mara empezó a volver en sí, él ya había rasgado toda su ropa y estaba determinado a terminar lo que empezó, ella reaccionó en ese momento y lo pateó en la entrepierna, se volvió para tratar de salir con la poca fuerza que le quedaba, pero fue en vano, la bestia tiró de ella para darle un revés, una bofetada y firmar con un puñetazo, no la noqueó, pero ya no podía luchar, la había vencido.

Aunque estaba consiente, no supo cuánto tiempo pasó, pero volvió en sí otra vez cuando el monstruo terminó su barbarie, a pesar de seguir aturdida y cansada, reunió fuerzas para hablar, dijo entonces, con la voz quebrada, mientras el bárbaro se vestía de nuevo, “¿cómo te atreviste?, ¿cómo te atreves a la máxima muestra de deshumanidad...” continuó entre lágrimas.

¿Sabes? La gente hace el amor por el placer de los dos, la gente hace el sexo por placer propio, pero tú... tú superaste ese límite de egoísmo, tú has hecho el odio”. Mara se quedó llorando y Ulises estaba serio, no dijo nada. Cuando acabó de vestirse, bajó del auto, cerró la puerta y caminó lejos de él.

## Testigo del poeta

UNA MAÑANA CÁLIDA, cuando la mañana había avanzado unas pocas horas, el señor Roberto terminaba de arreglarse casual y elegante. Al estar listo, bajó a la cocina por su imprescindible café y se encontró con su esposa que terminaba de desayunar.

—Buenos días amor ¿hiciste café? —preguntó a su esposa.

—Buenos días, no respondió mientras se limpiaba con la servilleta y levantaba su plato —pero te dejé todo listo para que lo prepares.

—Ah, está bien, gracias —dijo y preparó la máquina mientras su esposa lavaba.

—Entonces— soltó su esposa después de un rato— ¿estás seguro de esto querido?

—Por supuesto, no sólo nos haría bien, nos hace falta —respondió serio— además estaremos mejor en el futuro, no te preocupes.

—Bueno —dijo resignada su esposa— ya está tu café.

Vació la obscura sustancia en un termo, lo cerró para que no se derramara, besó con ternura a su mujer

para despedirse y salió de su casa con el termo en la mano izquierda y las llaves del *Sentra* azul en la derecha, decidido a venderlo lo más pronto posible.

La familia acababa de entrar en una temporada difícil, normalmente llevaban una vida medianamente acomodada, con pocos lujos y nada de excesos, sin embargo, un préstamo del banco amenazaba con abatir más que su estilo de vida. Roberto sabía que la situación era más delicada de lo que le comentó a su familia, pero no se iba a dejar vencer y vendería el auto para ganar tiempo y encontrar la manera de resolver todo. Tenía un poco de miedo de no realizar la venta porque quería un precio algo mayor a lo comercial, no obstante, después de anunciar el auto en una página de ventas, en poco tiempo ya había tres citas, agendó una para cada día, y ahora, con una actitud de “hombre de negocios”, se disponía a sacarle el máximo jugo a la primera.

Acordó con los compradores encontrarse en el estacionamiento de un supermercado, afuera de la ciudad, donde el tráfico no era tan pesado. Llegó media hora antes de lo acordado para observar el lugar y, después de estacionarse en un lugar con sombra, se recostó y esperó. Después de un rato su bolsillo vibró, respondió la llamada, le dijo al comprador su ubicación, colgó, se incorporó, se miró en el retrovisor para volverse a peinar y bajó del auto. Se recargó en el cofre mientras esperaba hasta que logró distinguir a los interesados,

se paró derecho y saludó de lejos. Eran tres personas, un señor, una señora y un joven, “lo más probable...” pensó Roberto “es que lo vayan a comprar para el chico”.

—Hola soy Roberto, hablamos por teléfono— se presentó y estrechó su mano en cuanto se acercaron.

—Hola yo soy Andrés, ella es mi esposa Paloma y él es mi hijo Félix— saludó el comprador a Roberto y éste a los demás conforme los presentaron. Roberto se extrañó cuando saludó a Félix, lo sintió muy frío, como si hubiese perdido el calor mientras que el chico ni se inmutaba. Roberto percatándose de que de nada le servía estar pensando en eso, trató de mandar lejos ese pensamiento y empezó a hablar del auto.

Roberto siempre había sido elocuente, tal vez no lo suficiente como para ser un vendedor nato, pero podía defenderse, además que negociar con sus subordinados y hacerlos trabajar todos los días le había hecho callo, pero desde que le dio la mano al chico su mente se perdió, perdía la concentración y sentía escalofríos, terminó sólo dándoles especificaciones técnicas del auto. Como último recurso les ofreció que se llevaran el auto un rato para probarlo, los señores aceptaron y le ordenaron a Félix que condujera para que viera si le gustaba. De pronto, en el momento en que Roberto le entregó las llaves, se vieron a los ojos y un escalofrío terrible le recorrió el cuerpo, cuando lo volvió a tocar se quedó atónito, sin saber por qué.

—Regresaremos en una hora ¿le parece señor Roberto? —anunció Andrés, pero Roberto no reaccionó— ¡Señor Roberto!

—¿Qué? Ah sí, está bien, yo los espero no se preocupen.

Arrancaron y se fueron, Roberto permaneció ahí mirando al infinito. “¿Qué me pasó ahí?” pensó y luego volvió a estar en blanco por un rato. “Ese muchacho... ya había visto esa cara, ya había sentido esa piel alguna vez, pero ¿dónde?” sus pensamientos iban y venían, pero de algo estaba seguro, había visto algo así alguna vez y sabía que no era nada bueno.

Roberto entró en una pequeña cafetería que estaba a un costado del supermercado con el pretexto de esperar, ordenó rápido y se sentó en una mesa que daba a la ventana. Volvió a ver al infinito mientras era azotado por una serie de pensamientos abrumadores e inconexos que no tenían ni principio ni fin. Cerró los ojos con fuerza como para alejarse de la perturbación, se talló la cara y de pronto la tormenta acabó.

“— ¿Hugo? ¡Hugo!

¿Qué?

—Amigo no te ves nada bien, tienes una cara marchita, mira si necesitas...

—Lo sé lo sé, mira —Hugo suspiró— lo que pasa es que... mira, no es nada, sólo digamos que me he cansado, ¿okey?

¿De qué?

—De nada, déjalo así, sólo necesito dormir profundo.

—Ah, está bien...

Los vapores del pasado se volvían a configurar.

—! Hugo! ¡¿Qué haces?! —Roberto gritó mientras trataba de alcanzarlo y detenerlo, pero se transformó en nube cuando lo tocó. Los vapores se transfiguraron en un ataúd, Roberto se acercó con miedo y ahí lo vio, el rostro de su amigo, arreglado para verse más feliz de lo que se veía en vida, pero a nadie engañaba, porque cuando Roberto lo tocó, sus manos seguían tan frías, como cada vez que se despedían.”

— ¡Señor su café! ¡Señor! —insistía un empleado un poco asustado.

Roberto despertó entre estertores ahogados, con la frente en plena de un sudor helado, el corazón acelerado y lágrimas en sus mejillas. Se incorporó y recibió su café. Después de calmarse, reflexionó con la mente más tranquila. “así que ahí lo vi...” pensó luego, “esa cara de sombra viviente”.

Regresaron quince minutos después de lo acordado. Discutieron sobre el precio un rato y decidieron no comprarlo, aunque para Roberto eso ya no importaba tanto, quería encontrar la manera de hablar con el chico. Trató de incluirlo en la conversación, pero fue en vano, pensó en también separarlo de los padres con el pretexto de convencerlo de que lo comprara, sin embargo, los padres eran los de la decisión. Como último recurso, esperó a que Félix se subiera al auto y

habló con los padres antes de despedirlos, de manera sutil les mencionó que su hijo parecía deprimido y preguntó si estaba bien, se excusó diciendo que le recordaba a su hijo y los señores, comprensivos, le comentaron que ya lo habían notado, en parte por eso le compraban el auto, pero que estaban viendo la manera de arreglarlo. A Roberto le preocupó que no supieran la gravedad del asunto, no obstante, tenía las manos atadas. Se despidieron y en cuanto su auto arrancó, Roberto vio otra vez el rostro sombrío de Félix. “ojalá encuentres el alivio de tu pesar...”, dijo en voz alta cuando se alejaron.

Al día siguiente no pensó en el chico, la tarde anterior se había convencido de que estaba exagerando por lo que había vivido y que no era tan serio, además que necesitaba estar en sus cinco sentidos si quería vender el auto al siguiente interesado. Por desgracia, fue una pérdida de tiempo, Roberto tuvo que conducir bastante lejos para encontrarse con el comprador y a pesar de que ahora nada distraía su oratoria, resultó ser que el cliente no era más que un viejo aburrido que preguntaba por preguntar. Creyó que este día había sido un desperdicio, aunque pronto se daría cuenta de que simplemente, la situación se acomodaba.

Empezaba a atardecer cuando Roberto regresaba, tuvo que tomar una carretera que bajaba por un cerro, como empezaba a ceñirse la obscuridad sobre el camino, prendió los faros y en ese instante vislumbró una figura

humana que caminaba en dirección a la cima. Tuvo una corazonada y prendió las luces altas. Era Félix que caminaba hipnótico. Roberto no lo pensó dos veces, se detuvo a un lado, bajó la ventanilla y dijo:

—Chico eh tú... Félix ¿Cierto?

—¿Como sabe mi nombre? —respondió Félix extrañado.

—¿No me recuerdas? Soy el señor Roberto, les quería vender un auto ayer.

—Ah cierto, bueno ¿qué quiere?

—Es tarde, si quieres puedo darte un aventón.

—Mire señor, no vamos a comprar el auto, así que deje de ser amable y siga adelante.

—Eso lo sé, —dijo Roberto molesto— pero es peligroso a estas horas por aquí, por cierto ¿qué haces a estas horas?

—¿Qué hace usted por aquí? —contestó molesto el muchacho ahora que sus planes se habían frustrado.

—Vengo de enseñar el auto algo lejos de aquí—contestó seco Roberto— ¿tú?

—Am... estaba paseando y se me hizo tarde —respondió Félix algo rebelde.

—¿Qué tan lejos queda tu casa?

—Del supermercado donde nos encontramos a unas 10 cuadras por la avenida.

—Es bastante retirado de aquí, estás de suerte porque me queda de paso, sube— dijo Roberto con una voz convencida mientras abría la puerta del auto.

Félix subió molesto, ahora que alguien lo había visto no podía permitirse un desliz que revelara la intención de sus actos, así que intentó estar callado para no develar nada, no obstante, Roberto, consciente (aunque no seguro) de lo que pasaba, sabía que la única manera de resolver todo sería hablando, pero no sabía cómo empezar. A poco tiempo del camino, Félix preguntó si podía prender la radio, a lo que Roberto respondió:

—Lo siento, pero no sirve; tengo varios cassetts, pero la última vez que le presté el auto a mi hijo, dejó atascado uno y ahora solo se reproduce este álbum.

—¿*The best of Santana*? Hm... nunca lo he escuchado— dijo Félix indiferente.

—¿No? Deberías chico, es música para el alma.

—Sí claro —dijo Félix con ironía— ¿Sabe? Sólo quería prender la radio para distraerme, la verdad ni me gusta la música.

—¿Y eso? —Roberto, sagaz, encontró su oportunidad.

—Me aburre— respondió Félix.

—De acuerdo, pero ¿por qué? —continuó Roberto

—¡Mire! para mí no son más que golpes y sonidos vacíos arreglados de manera arbitraria.

—Hm... ¿Por qué dices eso? ¿Hay trasfondo o sólo estas en contra de todo?

—Creo que es el primero en preguntar eso en vez de sólo jorderme, la verdad no soy ningún idiota presumido, y bueno, le daría una buena respuesta, pero mi razón es vacía, la verdad no sé por qué.

— ¿Cómo que no lo sabes?

—No, no lo sé, y no entiendo por qué ¿sabe?

—No, no sé, explícame.

—No creo que me entienda.

—Pruébame.

Félix exhaló. —Bien, es raro, no sólo es con la música, es con todo.

—¿Con todo?

—Sí, con todo, mire, no sé qué tienen los demás que cualquier cosa que hacen en su vida se llenan, ya sea un día soleado, escuchar la música que les gusta o lo que sea, y para mí, no son más que acciones vacías.

—Ya veo, entonces, ¿qué te llena?

—No lo sé, la verdad he intentado todo lo que los demás hacen para ser felices y yo no soy más que materia inerte en cada circunstancia, por ejemplo, trato de salir y de estar con otras personas, haciendo lo que los pone contentos, y yo, a lo más que llego, es a fingir bien una sonrisa. —Félix hizo un pequeña pausa y continuó— y emm... ¡oiga! no vaya a pensar que la soledad es lo que me contenta, ésta es igual de molesta, siento que debería salir a ver qué puedo hacer para mejorarme pero no lo logro y me desespero más, no importa la situación, resulta siempre que tengo una insufrible ansiedad de no ser nada, ¿sabe? —Félix hizo una pausa un poco más larga y continuó— y tampoco vaya a pensar que estoy triste o algo así, nada de eso, la verdad no siento fluir ningún sentimiento

por mis venas ni mis ojos, ¿sabe? Es como navegar en mar abierto, en medio de tinieblas con peligro de tormenta, pero nunca pasa nada, uno entonces navega resignado y serio, tal vez... sólo con la angustia de nunca llegar a tierra.

—Y a veces uno solo quisiera hundir su navío— interrumpió Roberto.

—Sí— Félix miró por la ventana —varias veces.

—Sí, te entiendo.

—¿Por qué cree que entiende?— Félix reclamó —no parece haber vivido algo así.

—No, no lo he vivido, pero un amigo mío sí— Roberto continuó con la voz ligeramente quebrada —Lo bueno es que al final... todo resultó bien para él— aclaró la voz —encontró el camino.

—Ajá.

—Es verdad, recuerdo que siempre que le preguntaba qué tenía o qué necesitaba, me decía que sólo necesitaba “dormir profundo”.

En ese momento a Félix le dio un vuelco al corazón y abrió los ojos con sorpresa. Esas eran las mismas palabras que él utilizaba para excusar su sombría apariencia, lo decía porque no era ninguna mentira, lo único que calmaba a Félix era dormir sin soñar, el estar como en una pausa constante, dejar de existir un poco. Ahora que el señor Roberto se había probado, guardó silencio con seriedad como para decir “continúe, lo escucho”, así mismo el señor entendió el mensaje y prosiguió.

—”Sucede que me canso de ser hombre. Sucede que entro en las sastrerías y en los cines, marchito, impenetrable, como un cisne de fieltro navegando en un agua de origen y ceniza...” —ahora la mirada de Félix se había conmovido, pero no dijo nada— eso es de Pablo Neruda... el poeta... ¿no?— Félix siguió callado pero ahora estaba serio con una expresión de intriga —¡Ah! ahora empiezas a comprender que no estás sólo chico, ahora vez que no eres el único al que arremete ese sentimiento de estar vivo para nada... ¿Cómo le llaman?... ¡ah sí! no eres el único que se envenenó de monotonía. Es cierto que hay muchos que hallan el relleno de su vacío en los típicos placeres y en las conductas normales, muchos seres que se sacian fácilmente; pero el mundo está lleno también de aquellos que no hallan ni la felicidad ni la tristeza en la vida... hasta que crean su propio curso por el cual navegar para llegar a tierra, encuentran su manera única de vivir.

— ¿Cómo?

—Descubrirlo depende de ti chico, está toda la vida para encontrar la sintonía de tu sentir, pero para darte un ejemplo, hay quienes la encuentran en la poesía o la pintura, en la música o la danza, o descubriendo los secretos del mundo a través de la ciencia; hay quienes viajan y se iluminan, aventureros que se encuentran a sí mismos en sus hazañas, o quienes se encuentran al perderse en el amor verdadero y no en el convencional. Todas estas formas de antídoto siempre serán

mejor que una siesta o que “dormir profundo”, pero se puede encontrar esa sintonía, ¿que es difícil? es cierto, ¿terrible? también, y no hay nada que hacer, te ha tocado esta naturaleza de esencia y, para bien o para mal, habrás de luchar mucho más que los demás para llenarte, no obstante, si hallas el rumbo correcto, serás cien y mil veces más dichoso que cualquiera que se guíe por poco más que su instinto. Eso te lo prometo —sentenció Roberto, mientras Félix mantuvo el silencio y empezó a reflexionar, después de un rato continuo:

—Todo lo que dice me suena a verdad, pero... ¿Cómo puedo saber que lo lograré?

—Bueno, por desgracia eso no lo puedes saber— dijo Roberto después de soltar un suspiro— pero te diré algo, si alguna vez se toca fondo, puedes tomar impulso para también tocar la cima. Félix soltó un pequeño suspiro de alivio, bajó la mirada y ya no dijo nada. Pronto se encontraron cerca de la casa de Félix, éste le dio las indicaciones precisas para llegar y en un parpadeo habían llegado. Se despidieron como dos viejos amigos y, cuando Félix estaba en la puerta agitó su mano para decirle adiós a Roberto, éste, al responderle, notó su rostro por última vez, seguía serio, indiferente e insensible, sin embargo ese carácter sombrío se había desvanecido. Roberto satisfecho se fue a casa con el corazón tranquilo, ahora solo quería descansar, pues mañana sería su tercera cita y no quería volver a fallar.

A la mañana siguiente se preparó como en los demás días y salió a su cita, vería a otra pareja, esta vez en su casa, por la tarde. El lugar no fue nada lejos de su casa, llegó en pocos minutos después de haber salido. La pareja ya lo esperaba con ansia en la entrada de la casa y, en ese momento, supo que con ésta lograría la venta. Se presentó y lo invitaron a pasar, charló un poco con ellos antes de entrar en detalles sobre el auto; con esto descubrió la suficiente información para asegurar su venta. Resultó que también querían comprarle un auto a su hijo. Ahora pudo darle libertad a su viejo plan, no tardó mucho en convencerlos con esos argumentos ya meditados y sin ningún distractor que le quebrara las ideas, al fin había vendido el auto. Hicieron números y se firmaron los papeles, Roberto salía ahora de la casa con dirección a la parada de camiones, se volvió para admirar la fachada del lugar de su hazaña, sonriéndole, en la más grande euforia y alejado de toda preocupación, fue cuando entonces lo vio, a través de la ventana del segundo piso: un muchacho joven, obviamente el hijo miraba al infinito, Roberto lo vio, y vio de nuevo esa mirada, esa mirada de sombra viviente.

—No... no es posible —se dijo— otro muchacho perdido.— Se acercaba a llamar a la puerta y, justo antes de tocar, volvió a reflexionar, —pero que voy a hacer— se decía —no puedo llegar así y decirlo... no hay manera de que hable con el chico— suspiró y fue

a sentarse a la banqueta. Con sus dedos sobando su frente pensó —no puedo entrar así de la nada, y no hay razón para que les diga algo, y si muevo un dedo la venta puede ser arruinada— y así reflexionó un rato hasta que respiró hondo, se levantó, se volvió hacia la ventana y, antes de irse, dijo en voz alta. —ojalá encuentres el alivio de tu pesar.

## Testigo de una hermosa vista

ERA UNA TARDE fría y nublada que iba rumbo a ser noche cuando Pedro se decidió por última vez. Después de una larga siesta de rutina, para olvidarse de que el mundo y él existían, se decidió; bajó las escaleras, fue a la cocina donde su madre empezaba a preparar la cena. “Ah despertaste temprano” dijo su madre. “Sí, recordé que tenía que hacer algo” respondió Pedro. “¿Qué es tan importante que suspende tu flojera?” dijo bromeando su madre, pues regularmente llegaba a dormir hasta las mañanas. “Emm... quedé de verme con Juan”. “ Ah está bien, es bueno que salgas”. Sí bueno me llevaré el auto”. “Está bien hijo, ¿cenarás con él?”. “No lo sé, yo creo”. “Bueno aún así te guardaré para después. ¿Llevas dinero?” “Sí”. “Ve con cuidado, sé que es tu amigo y no se meten en problemas, pero nunca lo hemos conocido”. “Lo tendré, ya sé, pero es que no es fácil presentarlo a otras personas, por cómo es”. “Bueno no llegues muy tarde”. “Adiós”. Tomó entonces las llaves del *Sentra* azul y salió para dirigirse al auto; como de costumbre Juan ya lo esperaba dentro. “¿Por qué tardaste tanto?”

reclamó Juan, “Me interceptó mi madre en la cocina” respondió Pedro mientras entraba al auto. “Hm... puedo ver que ya te decidiste”. “Sí, no tienes que señalar lo que es obvio que sabes”. “Oye relájate, sé que es algo difícil, pero recuerda que lo debes hacer”. “Cállate, no quiero que me hables de esto”. “No te pongas agresivo, es algo que nos afecta a los dos”. “Lo sé”, suspiró “pero aún tengo miedo y dudo. “Se nota, estás a la defensiva”. Acto seguido, Pedro encendió en auto y condujo sin rumbo. Juan continuó: “Amigo, un suspiro es la voz de un espíritu quebrado”. “Ambos sabemos cómo me siento al respecto, no hay porque resaltarlo”. “Lo hago para convencerte totalmente”. “Lo haré, ya me decidí”. “Pero no totalmente...” “Odio que me conozcas tan bien, lo detesto”. “Yo también, pero yo no lo pedí”. “Ni yo”. “Bueno si según te decidiste toma un maldito rumbo”. Pedro dio un golpe brutal al retrovisor, haciendo que se desprendiera y cayera con el espejo hecho trizas. Condujo y tomó el rumbo que lo llevara a la cima del cerro. Se quedaron callados un buen rato durante el camino hasta que Juan habló: “¿Aún dudas?” “Sí, aún lo hago, contigo no se puede ocultar”. “Pregúntame lo que quieras a mí, calmaré tus ansias”. “Y ¿cómo piensas hacerlo? sabes lo mismo que yo”. “Sí, exacto, te haré recordar lo que ya sabes”. “De acuerdo, entonces dime ¿por qué morir y no vivir?” preguntó Pedro con arrogancia, respondió Juan más soberbio: “Porque lo tienes todo y no eres feliz.” Pedro no dijo nada. En poco tiempo llegaron a

la cima del cerro, se estacionaron en la explanada frente al barranco, para esa hora la obscuridad ya se había sumido sobre la ciudad, resultando así en su nocturna iluminación. “Es tan bella la ciudad cuando obscurece, ¿no?” dijo Juan quebrando el silencio. “Sí, es una muy bella vista” respondió Pedro “¿Aún dudas?” “Es que creo... que tal vez... puedo seguir buscando la felicidad”. “¿Desde cuándo eres tan romántico? Además, creo que no es la infelicidad lo que nos trae aquí, si de verdad creyeras en eso no habiésemos llegado tan lejos”. “¿Por qué lo dices?” “Porque sé que cada día piensas en que te has cansado de existir” Pedro se quedó callado con una expresión seria. Juan continuó: “Por eso es por lo que duermes, para olvidar que existes, funciona, pues ni siquiera puedes soñar, pero sólo es un alivio momentáneo, un respiro de recordar que ya no encuentras el sabor a la comida, que te has cansado del amor que te dan. Pedro, te has aburrido de vivir también, y como también te has cansado de explorar y descubrir, no hay nada que hacer. Casado y aburrido, qué horrenda combinación, así no hay solución”. “Pero... esto es lo que hace la gente triste... y sé muy bien que no lo estoy”. “No, no lo estás, lo sé muy bien, también es cierto que no lloras, que no llevas ese pesar de emociones, pero no estar triste no significa que seas feliz, en tu caso no eres ninguno de los dos, ni feliz ni triste ni nada y eso es lo peor”. “¿Por qué?!” “Porque no sientes nada, no quieres, no necesitas, no amas, no odias; realmente no

vives”. “Dime a lo que quieres llegar” “A lo que ya sabes, esa frase que pasó por tu cabeza esta tarde y te hizo decidir”. Con lágrimas en los ojos y la voz quebrada Pedro dijo: “La monotonía es la muerte” “Es verdad, ambos lo sabemos, cuando este veneno se presenta en cualquier cosa, el destino de eso será morir, mata al amor, mata los sueños, las amistades y, sobre todo, a la vida misma. La monotonía es la muerte... y una muy cruel”. De repente cesaron las lágrimas, la mirada de Pedro se tornó seria, abrió la puerta del auto, se bajó y caminó al borde del barranco con los ojos cerrados. Juan se postró a su lado sin decir nada cuando de pronto Juan habló: “Recuerda que a donde vas yo voy y que ambos perdemos lo mismo al hacerlo”. “Es tan bella la ciudad cuando obscurece ¿no?” “Sí, es una muy bella vista”. “Una hermosa última vista” agregó Pedro.

Perdieron la noción del tiempo apreciando la vista. Saltaron de pronto al vacío.

La mañana siguiente se encontró el cadáver de Pedro, solo, al pie del cerro y, en la cima, marcas de llanta, pero ninguna señal del auto. Todo indicaba que Juan había sido el culpable de la muerte y el robo, sin embargo los esfuerzos de la policía y los padres de Pedro encontraron a otro joven que había sido el ladrón. Al final, por más que buscaron al tal Juan por una respuesta de lo que le pasó a su hijo, Juan no parecía nunca haber existido.

## Testigo de una buena cena

“¡PERFECTO! ENTONCES A las siete paso por ti”,— dijo y colgó.

Ahora sólo había que convencer a su padre de que le prestara el *Sentra* azul. Corrió con emoción a la sala y se calmó para hablar con su padre, que leía en el sillón mientras abrazaba a su esposa que tejía. La escena era tan bella que no quería interrumpir, sin embargo era urgente el favor y justo antes de que fuera a pronunciar la primera palabra, su padre, sin levantar la mirada y con voz seca, preguntó: “¿Qué quieres Jordán?” “¿Pueden prestarme el *volvo* por favor?” Jordán preguntó; él sabía que no lo harían, pero hizo así por estrategia. Pedir lo más alto para negociar y quedarse con algo, en vez de empezar de bajo y quedar con las manos vacías. “¿Se puede saber para qué?” preguntó su padre aún con los ojos en el libro. “Saldré a ver a Sofía, ya les había comentado, pero si me prestan el auto, me ayudarían mucho” dijo y soltó una risa seca, algo simpática. “¿Y quieres llevar el *volvo*?” —levantó la mirada, seria— “hijo, de nada te

sirve presumirle lo que no es tuyo”. “Lo sé, pero ella no es así, lo que me importa es que nos movamos sin problema”. “Entonces llévate el *Sentra*, sólo que, si lo quieres, tendrás que poner tú la gasolina, pero si le das un trapazo te disparo tres litros, sirve que llegas presentable y, además, mañana lo voy a ir a enseñar para venderlo”. “¿Lo vas a vender? ¿Por qué?” “Siento que ya cumplió su ciclo con nosotros, también no es malo mejorar lo que tenemos”. “Si tú lo dices... está bien, trato hecho”. Miró el reloj de la pared: diez para las seis, tendría tiempo suficiente, pero debía apurarse. Salió a toda prisa con la cubeta en mano y lo dejó impecable en unos minutos. Acto seguido, se duchó y afeitó, se vistió bien y se perfumó. Fue a la sala por las llaves, que se encontraban sobre la mesa de café, a un lado de unos billetes (al parecer era más dinero del que se le había prometido) y una nota que decía: “*Salimos a cenar, no nos esperes despierto, cierra bien la casa*” con la letra de su madre; y con la de su padre decía: “*Recuerda que lo que te digo es para formarte, pero aún así diviértete*”. Sonrió, miró el reloj: cuarto para las siete. Tomó las llaves, salió, cerró la casa, se subió al auto, lo prendió y condujo rumbo a casa de Sofía. En el camino le entró la nostalgia por el auto, lo habían tenido desde que él era un niño y le tenía cariño. Trató de despejar esta idea y sus nervios por la cita prendiendo la radio, sin embargo no funcionó, al parecer sólo tenía para sí los viejos y anticuados cassetts

de su padre. “hablando de mejorar lo que tenemos” pensó molesto, y recordó las palabras de su padre, que volvían a resonar fuertes dentro de su cabeza. “Ciclos... puede ser verdad, pero no... siento que aún le falta por cumplir conmigo a este chico” se dijo para sí con seriedad mientras daba palmadas al tablero. Llegó, y después de estacionarse fuera de la casa, miró su reloj de mano, seis cincuentainueve, siete en punto, justo a tiempo. Se bajó a tocar la puerta, esperó un poco, abrió el padre de Sofía, lo invitó a pasar, no obstante Sofía ya estaba bajando la escalera. Entonces se quedó pasmado, sintió su corazón parar en el instante que conectaron sus miradas, y lo sintió acelerar arrebatada y bruscamente cuando ella la bajó mientras sonreía. El padre lo notó y le puso la mano en el hombro para agitarlo y sacarlo de su trance mientras le preguntaba si estaba bien. Jordán contestó que sí, algo nervioso, sin embargo, el señor lo tomó con mucha calma y humor, porque vio en Jordán la mirada correcta. Se despidieron y se subieron al auto, el cual arrancó y se fue. “¿A dónde me vas a llevar?” preguntó Sofía con ternura. “Pensaba en que fuéramos al cine, aunque ¿qué te parece ir a cenar?” sugirió Jordán. “¿De verdad?” preguntó Sofía con ilusión, Jordán asintió con una sonrisa. Y así hicieron, fueron a un pequeño y elegante restaurante, ordenaron lo que cada uno quiso. La comida, como por una especie de suerte, era la más deliciosa y perfecta; la plática fue tan natural como la

miel y se deslizaba suave como la seda, a cada frase le seguían sonrisas, a cada anécdota unas risas y a éstas un silencio profundo que se llenaba con miradas de mil palabras. El mundo parecía desaparecer a su alrededor, el tiempo dejó de importar. Un mesero se acercó, anunciando que pronto sería hora de cerrar, pagaron sin despertar del sueño; llegaron al auto aún en esa nube borrosa de encanto y tomaron camino hacia la casa de Sofía. De pronto, como cuando uno sueña y se da cuenta, Jordán supo lo siguiente que haría y cambio el rumbo sin despertar. “Jordán, ¿qué haces?, mi casa no es para allá, ¿a dónde me llevas?” preguntó Sofía extrañada. “Quiero mostrarte algo” Respondió Jordán con una voz y sonrisa tan afectuosas que calmaron un poco a Sofía, aunque no del todo. Jordán, al darse cuenta, decidió poner algo de música, como sólo estaban los cassetts de su papá, tomó el único que reconoció, *The best of Santana*, “Santana es bueno” dijo para sí y lo metió. Al reproducirse el álbum, la tensión se disipó entre las melodías, ahora convertidas en la banda sonora del sueño.

Subieron por la carretera hasta llegar a la cima del cerro, Jordán se detuvo en el mirador y Sofía suspiró. “Es una hermosa vista, ¿no?” dijo Jordán con los ojos en el horizonte. “Es bellísima” dijo Sofía con una mirada enamorada. Volvió ese silencio profundo que ignoraba el mundo y esfumó la música, ahora ese silencio se llenaba de la dicha del momento. Se perdieron en

la admiración, así como en el tiempo, hasta que sus cuerpos decidieron librarse de la mente.

Una mano se extendía, sin que su amo lo hubiese ordenado, otra recibía y se aferraba sin que su ama lo hubiese pedido. Así se extendió la libertad por el cuerpo, voltearon cabezas, se miraron sin mirarse, se vieron más allá y, cuando no hubo más qué contemplar, hubo que unir. De pronto volvió la música, se escuchó el inicio de *Europa earth's cry heaven's smile*. Unos labios iban sin haber sido mandados y otros los cobijaban como si hubiesen pertenecido allí toda la vida. Las manos empezaron su recorrido por el camino de las siluetas y las formas, orientadas por una brújula de sentir y dejando huellas de amor. El momento y el instinto llamaron por espacio, se movieron a la parte trasera sin perder el ritmo. Las caricias continuaron al compás y emulaban la intención de cada frase, poco a poco la ropa se desvanecía con la suavidad de la guitarra. Los labios de ambos, desde el primer momento en que se sintieron en casa, no dudaron en recorrerla toda con seguridad y elegancia, disfrutando con el anfitrión cada rincón por el que paseaban. Las manos de uno se distanciaron de las siluetas y formas para buscar nuevos senderos y, perdidas, las llamó a su rescate la intimidad del otro. Tanto el volumen de la música como el suyo fue aumentando, las exhalaciones y alaridos eclipsaban con las notas altas, revelando cómo la intensidad fluctuaba. Llegó entonces, el momento

en que el roce de la piel ya no bastó para sus cuerpos, llamado uno por el otro se unieron con un vigor magnético. La pieza explotaba en cada cadencia de notas, así como ellos en cada choque de mar y piedras en tormenta. Se fusionaron en el acto con la melodía y se hizo suya. Meciéndose en la marea de éxtasis los cuerpos cedían un poco más en cada ola, subiendo y subiendo y arremetiendo con más fuerza uno con otro, hasta que ambos se rindieron en el clímax dando el último grito al mismo tiempo que el instrumento. Las respiraciones y el movimiento no terminaron allí, siguieron mientras poco a poco se desvanecía el abrumador temporal, hasta que la calma los dejó mudos y tranquilos. Una vez los cuerpos satisfechos y derrotados, la mente tomó de nuevo las cadenas para volverlos en sí, sin embargo ya no había nada más que pensar, nada más por decir. Se miraron una vez más en la obscuridad y se recostaron abrazados, decididos a descansar. Ambos sabían que irían a dormir sin soñar, pues hasta ese momento, según ellos, no había nada en el mundo de los sueños que fuera a superar lo que habían vivido. “Nada podrá superar esto” pensaba cada uno por separado “ningún sueño o sentimiento, le gana al amor verdadero”.

# EL TESTIGO DE HIERRO Y PIEL AZUL

de **Rafael Galván Ledo**, editado por el Colegio de Ciencias y Humanidades Naucalpan, se terminó de imprimir en ??? de 2018 en los talleres de ??????.

La edición consta de 1000 ejemplares, se imprimió en papel cultural de 90 grs. para interiores y cartulina sulfatada de 12 grs. para los forros; en su composición se utilizó la familia tipográfica Cardo; la impresión es offset. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Édgar Mena y Michell Bernabé.

Este libro se publicó gracias al apoyo de la DGAPA, Proyecto Infocab PB 402015.

## DIRECTORIO

### UNAM

*Dr. Enrique L. Graue Wiechers*  
Rector  
*Dr. Leonardo Lomelí Vanegas*  
Secretario General  
*Ing. Leopoldo Silva Gutiérrez*  
Secretario Administrativo  
*Dr. Alberto Ken Oyama Nakagawa*  
Secretario de Desarrollo Institucional  
*Lic. Raúl Arcenio Aguilar Tamayo*  
Secretario de Prevención, Atención  
y Seguridad Universitaria  
*Dra. Mónica González Contró*  
Abogada General  
*Mtro. Néstor Enrique Martínez Cristo*  
Director General de Comunicación Social

### CCH

*Dr. Benjamín Barajas Sánchez*  
Director General

### CCH Naucalpan

*Mtro. Keshava R. Quintanar Cano*  
Director  
*Mtro. Ciro Plata Monroy*  
Secretario General  
*Lic. Moisés Vázquez Tapia*  
Secretario Administrativo  
*Ing. Reyes Hugo Torres Merino*  
Secretario Académico  
*Mtra. Angélica Garcilazo Galnares*  
Secretaria Docente  
*Mtra. Rebeca Rosado Rostro*  
Secretaria de Servicios Estudiantiles  
*Mtra. Berenice Castillo González*  
Secretaria de Atención a la Comunidad  
*Ing. Verónica Berenice Ruiz Melgarejo*  
Secretaria de Cómputo y Apoyo al Aprendizaje  
*C.P. Ma. Guadalupe Sánchez Chávez*  
Secretaria de Administración Escolar  
*Ing. Carmen Tenorio Chávez*  
Secretaria Técnica del Siladin  
*Lic. Reyna I. Valencia López*  
Coord. de Seguimiento y Planeación  
*Lic. Laura Margarita Bernardino Hernández*  
Jefa del Depto. de Comunicación  
*Mtro. Édgar Mena López*  
Jefe del Depto. de Impresiones